

Yo te adoro, Leonorcita;
no llores... ¡Qué desvarío!
¡Padre!... ¡Padre!

D.^a LEONOR.
MARQUÉS.

(Acariciándola y deshaciéndose de sus brazos.)

A Dios, mi bien.

A dormir, y no lloremos.
Tus cariñosos extremos
el cielo bendiga, amén.
(Vase el marqués, y queda Leonor muy abatida y llorosa sentada en el sillón.)

ESCENA VI

CURRA va detrás del MARQUÉS, cierra la puerta por donde aquel se ha ido y vuelve cerca de LEONOR

CURRA. ¡Gracias á Dios!... me temí
que todito se enredase,
y que señor se quedase
hasta la mañana aquí.
¡Qué listo cerró el balcon!...
Que por el del palomar
vamos las dos á volar
le dijo su corazón.
Abrirlo sea lo primero; *(Abrelo.)*
ahora lo segundo es
cerrar las maletas. Pues
salgan ya de su agujero.
(Saca Curra unas maletas y ropa, y se pone á arreglarlo todo sin que en ello repare doña Leonor.)

D.^a LEONOR. ¡Infeliz de mí!... ¡Dios mio!
¿Por qué un amoroso padre,
que por mí tanto desvelo
tiene, y cariño tan grande,
se ha de oponer tenazmente
(¡ay, el alma se me parte!...)
á que yo dichosa sea,
y pueda feliz llamarme?...
¿Cómo, quien tanto me quiere,
puede tan cruel mostrarse?
Más dulce mi suerte fuera
si aun me viviera mi madre.
CURRA. ¿Si viviera la señora?...
usted está delirante.

Más vana que señor era;
señor al cabo es un ángel.
¡Pero ella!... Un genio tenía
y un copete... Dios nos guarde.
Los señores de esta tierra
son todos de un mismo talle.
Y si alguna señorita
busca un novio que le cuadre,
como no esté en pergaminos
envuelto, levantan tales
alaridos... Mas ¿qué importa

cuando hay decision bastante?
Pero no perdamos tiempo;
venga usted, venga á ayudarme,
porque yo no puedo sola...

D.^a LEONOR.

¡Ay, Curra!... ¡Si penetrases
cómo tengo el alma! Fuerza
me falta hasta para alzarme
de esta silla... ¡Curra, amiga!
lo confieso, no lo extrañes,
no me resuelvo, imposible...
Es imposible. ¡Ah!... ¡mi padre!
sus palabras cariñosas,
sus extremos, sus afanes,
sus besos y sus abrazos,
eran agudos puñales
que el pecho me atravesaban.
Si se queda un solo instante
no hubiera más resistido...
Ya iba á sus piés á arrojarme,
y confundida, aterrada,
mi proyecto á revelar; y á morir,
ansiendo sólo que su perdón me acordase.

CURRA.

¡Pues hubiéramos quedado
frescas, y echado un buen lance!
Mañana vería usted
revolcándose en su sangre,
con la tapa de los sesos
levantada, al arrogante,
al enamorado, al noble
don Alvaro. O arrastrarle
como un malhechor, atado
por entre estos olivares
á la cárcel de Sevilla;
y allá para Navidades
acaso, acaso en la horca.

D.^a LEONOR.

¡Ay, Curra!... El alma me partes.

CURRA.

Y todo esto, señorita,
porque la desgracia grande
tuvo el infeliz de veros,
y necio de enamorarse
de quien no le corresponde,
ni resolución bastante
tiene para...

D.^a LEONOR.

Basta, Curra;
no mi pecho despedaces.
¿Yo á su amor no correspondo?
Que le correspondo sabes...
Por él mi casa y familia,
mis hermanos y mi padre
voy á abandonar, y sola...

CURRA.

Sola no, que yo soy alguien,
y también Antonio va,
y nunca en ninguna parte
la dejaremos... ¡Jesus!

D.^a LEONOR.

¿Y mañana?

CURRA.

Día grande.
Usted la adorada esposa
será del más adorable,
rico y lindo caballero
que puede en el mundo hallarse,
y yo la mujer de Antonio:
y á ver tierras muy distantes
iremos ambas... ¡qué bueno!
¿Y mi anciano y tierno padre?
CURRA. ¿Quién?... ¿Señor?... rabiará un poco,
pateará, contará el lance
al Capitán general
con sus pelos y señales;
fastidiará al Asistente,
y también á sus compadres
el canónigo, el jurado,
y los vejetes maestrantes;
saldrán mil requisitorias
para buscarnos en balde,
cuando nosotras estemos
ya seguritas en Flandes.
Desde allí escribirá usted,
y comenzará á templarse
señor, y á los nueve meses,
cuando sepa hay un infante,
que tiene sus mismos ojos,
empezará á consolarse.
Y nosotras chapurrando,
que no nos entienda nadie,
volveremos de allí á poco,
á que con festejos grandes
nos reciban, y todito
será banquetes y bailes.

D.^a LEONOR.

¿Y mis hermanos del alma?

CURRA.

¡Toma! ¡Toma!... Cuando agarren
del generoso cuñado,
uno con que hacer alarde
de vistosos uniformes
y con que rendir beldades;
y el otro para libracos
merendonas y truhanes,
reventarán de alegría.

D.^a LEONOR.

No corre en tus venas sangre.

CURRA.

¡Jesus, y qué cosas tienes!

CURRA.

Porque digo las verdades.

D.^a LEONOR.

¡Ay desdichada de mí!

CURRA.

Desdicha por cierto grande
el ser adorado dueño
del mejor de los galanes.
Pero vamos, señorita,
ayúdeme usted, que es tarde.

D.^a LEONOR.

Sí, tarde es, y aún no parece
don Alvaro... ¡Oh, si faltase
esta noche!... ¡Ojalá!... ¡Cielos!...
Que jamás estos umbrales
hubiera pisado, fuera

mejor... No tengo bastante
resolución... lo confieso.
Es tan duro el alejarse
así de su casa... ¡Ay, triste!
(Mira el reloj y sigue en inquietud.)
Las doce han dado... ¡qué tarde
es ya, Curra! No, no viene.
¿Habrá en esos olivares
tenido algun mal encuentro?
Hay siempre en el Aljarafe
tan mala gente... Y Antonio
¿estará alerta?

CURRA.

Indudable
es que está de centinela...

D.^a LEONOR.

¡Curra!... ¿Qué suena?... ¿Escuchaste?
(Con gran sobresalto.)

CURRA.

Pisadas son de caballos.

D.^a LEONOR.

¡Ay! él es... *(Corre al balcon.)*

CURRA.

Si que faltase
era imposible...

D.^a LEONOR.

¡Dios mio! *(Muy agitada.)*

CURRA.

Pecho al agua, y adelante.

ESCENA VII

D. ALVARO en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidás sobre una rica chupa de majo, redecilla, calson de ante, etc., entra por el balcon y se echa en brazos de LEONOR.

D. ALV. *(Con gran vehemencia.)*

¡Angel consolador del alma mia!...
¿Van ya los santos cielos
á dar corona eterna á mis desvelos?
Me ahoga la alegría...

¿Estamos abrazados
para no vernos nunca separados?...
Antes, ántes la muerte
que de tí separarme y que perderte.

D.^a LEO.

¡Don Alvaro! *(Muy agitada.)*

D. ALV.

Mi bien, mi Dios, mi todo.

¿Qué te agita y te turba de tal modo?
¿Te turba el corazón ver que tu amante
se encuentra en este instante
más ufano que el sol?... ¡Prenda adorada!

D.^a LEO.

Es ya tan tarde...

D. ALV.

¿Estabais enojada
porque tardé en venir? De mi retardo
no soy culpado, no, dulce señora;
hace más de una hora
que despechado aguardo
por estos alrededores
la ocasión de llegar, y ya temía
que de mi adversa estrella los rigores
hoy deshiciera la esperanza mia.
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo,
protege nuestro amor el santo cielo,
y una carrera eterna de ventura,

próvido á nuestras plantas asegura.
El tiempo no perdamos.

¿Está ya todo listo? Vamos, vamos,
CURRA. Sí: bajo del balcon, Antonio, el guarda,
las maletas espera;
las echaré al momento.

(Va hacia el balcon.)

D.³ LEO. Curra, aguarda, (Resuelta.)
detente:... ¡Ay Dios! ¿No fuera,
don Alvaro, mejor?...

D. ALV. ¿Qué, encanto mio?...
¿Por qué tiempo perder?... La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brio,
para tí está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.

Para mí el alazan gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarache, preparado
todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecirá desde su esfera:
y cuando el nuevo sol en el oriente,
protector de mi estirpe soberana,
númen eterno en la region indiana,
la régia pompa de su trono ostente,
monarca de la luz, padre del dia,
yo tu esposo seré, tú esposa mia.

D.³ LEO. Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

D. ALV. Muchacha, (A Curra)
¿qué te detiene ya? Corre, despacha;
por el balcon esas maletas, luego...

D.³ LEO. Curra, Curra, detente. (Fuera de sí.)
¡Don Alvaro!

D. ALV. ¡Leonor!!!

D.³ LEO. ¡Dejadlo os ruego
para mañana!

D. ALV. ¿Qué?

D.³ LEO. Más fácilmente...

D. ALV. (Demudado y confuso.)

¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora
resolucion?... ¡ay yo desventurado!

D.³ LEO. ¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!!!

D. ALV. ¡Señora!

D.³ LEO. ¡Ay! me partís el alma...

D. ALV. Destrozado
tengo yo el corazon... ¿Dónde está, dónde,
vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde
tanta irresolucion en tal momento.
Tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llevóse el viento
de mi delirio toda la esperanza?
Sí, he cegado en el punto
en que alboraba el más risueño dia.

Me sacarán difunto
de aquí, cuando inmortal salir creia.
Hechicera engañosa,
¿la perspectiva hermosa
que falaz me ofreciste así deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
en levantarme al trono del Eterno,
para despues hundirme en el infierno?
¿Sólo me resta ya?...

D.³ LEO. (Echándose en sus brazos.)

No, no, te adoro.

¡Don Alvaro!... ¡Mi bien!... vamos, sí, va-
D. ALV. ¡Oh mi Leonor!... (mos,

CURRA. El tiempo no perdamos

D. ALV. ¡Mi encanto! ¡Mi tesoro!

(Doña Leonor muy abatida se apoya
en el hombro de don Alvaro, con
muestras de desmayarse.)

Mas ¿qué es esto?... ¡ay de mí!... ¡tu mano
Me parece la mano de una muerta... (yerta!
Frio está tu semblante
como la losa de un sepulcro helado...

D.³ LEO. ¡Don Alvaro!

D. ALV. ¡Leonor! (Pausa.) Fuerza bastante
hay para todo en mí... ¡Desventurado!
La conmocion conozco que te agita,
inocente Leonor. Dios no permita
que por debilidad en tal momento
sigas mis pasos, y mi esposa seas.
Renuncio á tu palabra y juramento;
hachas de muerte las nupciales teas
fueran para los dos... Si no me amas,
como te amo yo á tí... Si arrepentida...

D.³ LEO. Mi dulce esposo, con el alma y vida
es tuya tu Leonor; mi dicha fundo
en seguirte hasta el fin del ancho mundo.
Vamos, resuelta estoy, fijé mi suerte;
separarnos podrá sólo la muerte.

(Van hacia el balcon, cuando de repente se oye
ruido, ladridos, y abrir y cerrar puertas.)

DOÑA LEONOR. ¡Dios mio! ¿Qué ruido es este?
¡Don Alvaro!!!

CURRA. Parece que han abierto la puerta del
patio... y la de la escalera...

DOÑA LEONOR. ¿Se habrá puesto malo mi pa-
dre?...

CURRA. ¡Qué! no señora, el ruido viene de otra
parte.

DOÑA LEONOR. ¿Habrá llegado alguno de mis
hermanos?

DON ALVARO. Vamos, vamos, Leonor, no per-
damos un instante. (Vuelven hacia el balcon,
y de repente se ve por él el resplandor de ha-
chones de viento, y se oye galopar caballos.)

DOÑA LEONOR. Somos perdidos... Estamos des-
cubiertos... imposible es la fuga.

DON ALVARO. Serenidad es necesario en todo
caso.

CURRA. La Virgen del Rosario nos valga, y
las ánimas benditas... ¿Qué será de mi pobre
Antonio? (Se asoma al balcon y grita.) An-
tonio, Antonio.

DON ALVARO. Calla, maldita, no llames la aten-
cion hacia este lado; entorna el balcon. (Se
acerca el ruido de puertas y pisadas.)

DOÑA LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!... Don
Alvaro, escóndete... aquí... en mi alcoba...

DON ALVARO. (Resuelto.) No, yo no me escon-
do... No te abandono en tal conflicto. (Pre-
para una pistola.) Defenderte y salvarte es
mi obligacion.

DOÑA LEONOR. (Asustadísima.) ¿Qué intentas?
¡ay! retira esa pistola, que me hiela la san-
gre... Por Dios, suéltala... ¿La dispararás
contra mi buen padre?... ¿contra alguno de
mis hermanos?... ¿Para matar á alguno de
los fieles y antiguos criados de esta casa?

DON ALVARO. (Profundamente confundido.)
No, no, amor mio... la emplearé en dar fin
á mi desventurada vida.

DOÑA LEONOR. ¡Qué horror! ¡Don Alvaro!!!

ESCENA VIII

Abrese la puerta con estrépito despues de varios golpes en ella, y entra
EL MARQUÉS en bata y gorro con un espadin desnudo en la mano, y
detrás dos criados mayores con luces.

MARQUÉS. (Furioso.) Vilseductor...hija infame!

DOÑA LEONOR. (Arrojándose á los piés de su
padre.) ¡Padre!!! ¡padre!!!

MARQUÉS. No soy tu padre... aparta... Y tú,
vil advenedizo...

DON ALVARO. Vuestra hija es inocente... Yo
soy el culpado... Atravesadme el pecho.
(Hinca una rodilla.)

MARQUÉS. Tu actitud suplicante manifiesta lo
bajo de tu condicion...

DON ALVARO. (Levantándose.) ¡Señor mar-
qués!... ¡señor marqués!...

MARQUÉS. (A su hija.) Quita, mujer incua.
(A Curra que le sujeta el brazo.) ¿Y tú, infe-
liz, osas tocar á tu señor? (A los criados.)
Ea, echaos sobre ese infame, sujetadle,
atadle...

DON ALVARO. (Con dignidad.) Desgraciado
del que me pierda el respeto. (Saca una pis-
tola y la monta.)

DOÑA LEONOR. (Corriendo hacia don Alvaro.)
¡Don Alvaro!... ¿qué vais á hacer?

MARQUÉS. Echaos sobre él al punto.

DON ALVARO. ¡Ay de vuestros criados si se
mueven! Vos solo teneis derecho para atra-
vesarme el corazon.

MARQUÉS. ¡Tú morir á manos de un caballero!
No, morirás á las del verdugo.

DON ALVARO. ¡Señor marqués de Calatrava!...
Mas ¡ah! no: teneis derecho para todo...
Vuestra hija es inocente... tan pura como el
aliento de los ángeles que rodean el trono
del Altísimo. La sospecha á que puede dar
origen mi presencia aquí á tales horas con-
cluya con mi muerte; salga envolviendo mi
cadáver como si fuera mi mortaja... Sí, debo
morir... pero á vuestras manos. (Pone una
rodilla en tierra.) Espero resignado el golpe,
no lo resistiré; ya me teneis desarmado.
(Tira la pistola, que al dar en tierra se dis-
para y hiere al marqués, que cae moribundo
en los brazos de su hija y de los criados, dan-
do un alarido.)

MARQUÉS. Muerto soy... ¡Ay de mí!...

DON ALVARO. ¡Dios mio! ¡arma funesta! ¡noche
terrible!

DOÑA LEONOR. ¡Padre, padre!!!

MARQUÉS. Aparta; sacadme de aquí... donde
muera sin que esta vil me contamine con tal
nombre...

DOÑA LEONOR. ¡Padre!...

MARQUÉS. Yo te maldigo. (Cae Leonor en
brazos de don Alvaro que la arrastra hacia
el balcon.)